

ÚLTIMO REGISTRO

Cristóbal Guerut R.



© Último Registro.

Sello: VOX/Tricéfalo
Primera edición: Enero 2021

© Cristóbal Guerut R.

Ilustración de portada: Diego Frías
Edición creativa y de estilo: Hugo Riquelme
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-49-0
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2020-A-10070

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

*Guía mi mano sobre las montañas y el mar.
Sostén mi mano cuando la jauría de la noche penetre hasta
mis huesos.
Y cuando venga el viento de las turbias astillas,
levantará el invisible muro de tu mirada.*

Miguel Arteché

Primer Testimonio

Archivo N°13

Nombre confiscado:	Mateo (sin apellidos)
Estado civil:	Soltero
Profesión:	Desconocida
Situación del allanamiento:	Confidencial
Video entrevista:	Sí
Información completa:	No
Objetivo cumplido:	No
Producto eliminado:	Confidencial

Entre las tinieblas y la claridad, creemos que somos capaces de aferrarnos a la oscuridad como primera opción de salida, el camino más fácil de tomar desde los tiempos antiguos. Pensamos que podemos dominar a cada ser que respire bajo la atmósfera y eliminarlo en cuestión de segundos, o peor, creemos que ofrecer luz a la oscuridad es la fórmula para obtener la felicidad eterna. Error en el que incurrimos una y otra vez, tratando de escapar de la angustia que nos persigue desde el nacimiento. Aunque no lo sepamos, siempre, después de la oscuridad aparece una pequeña luz que iluminará nuestra próxima vida.

Mateo era un chico de un metro sesenta y cinco, ojos café y pelo castaño claro. Intentaba visualizar el lugar en que estaba. No entendía lo que sucedía. ¿Por qué estaba vivo? ¿Qué hacía ahí? ¿Qué provocó el malentendido?

Las preguntas no paraban de agolparse en su mente.

TESTIMONIO N°1

ANTES Y HOY

— ¡Despierta!

El entrevistador bordeaba los cuarenta años. Vestía un terno viejo. Medía un metro noventa, sus ojos estaban subrayados por ojeras tapadas por sus gafas bifocales, con una incipiente calvicie y su piel gastada por tantas emociones vividas y desperdiciadas.

Mateo tenía la vista nublada. Su cuerpo permanecía amarrado a una silla frente a un escritorio viejo de madera. Eso empeoraba su ansia de responder.

—¿Estás ahí? ¿Te llamas Mateo? En tu historial dice eso. — No hubo respuesta—. Mira, muchacho, necesito que respondas. No me hagas perder el tiempo.

Mateo observaba la habitación pequeña y oscura en la que estaba. Cámaras de video lo tenían rodeado, grabando la toma perfecta desde trescientos sesenta grados.

—¡Está bien! Si no quieres hablar, tendremos que deshacer el producto.

—¿Deshacer?

—¿Ahora hablas?

—¿A qué te refieres con “deshacer”?

—Escucha, ¿Mateo?

—Sí.

—Te explico. La única persona que tiene permitido hacer preguntas soy yo. Si tienes alguna duda, tendrás que guardártela. Tú solo hablarás, ¿se entiende?

—Un gusto en conocerte. ¿Y tú cómo te llamas? —preguntó Mateo con sarcasmo.

—Creo que no entendiste nada, pero esta será la única pregunta que te responderé. —El interrogador se acomodó en su silla giratoria con ruedas—. Me llamo Hermann y seré tu entrevistador.

—¿Dónde estoy?

—No te puedo dar esa... —Hubo un largo silencio—. Ya he perdido mucho tiempo, necesito que comencemos esto. — Abrió un cajón del escritorio sobre sus piernas y sacó una libre-

ta negra con un lápiz gris de tinta roja—. Con tu ADN logramos obtener información altamente clasificada. Y aunque seas tú el portador, no tendrás los derechos de ella sin que antes pueda escucharlo de tu propia voz. Así que dime cómo comenzó todo desde el día uno.

—¿Comenzar qué cosa?

—¡No te hagas el idiota conmigo! ¡Debes recordar lo que pasó!

—No sé de qué estás hablando, yo solo estaba... —Su mirada permaneció fija sobre sus manos atadas—. Recuerdo que fue más rápido que un pestañear.

Estábamos con mis compañeros de universidad en una salida a terreno en el Observatorio Astronómico Nacional. Estudiábamos Astronomía y en un par de semanas comenzaban las pruebas semestrales. Para una mejor experiencia debía de ser nocturna, pero por problemas de horario con la profesora Evi, tuvimos que ir en el día.

—¡Silencio, por favor!

Estábamos todos conversando e ignorando sus palabras.

—¡Silencio! —la profesora gritó captando nuestra atención—. Gracias. Estamos en este hermoso lugar con el fin de conocer el universo. ¿De qué estamos hechos? ¿Por qué estamos aquí? Cosas que iremos aprendiendo mientras avanzamos, pero primero quiero que sepan algo: este observatorio tiene más de ciento cincuenta años de historia y es uno de los más importante que tiene la Región Metropolitana...

—Que se pone latera la profe y su Astronomía —intervino Emma, mi compañera de clases y amiga fiel. Teníamos la misma estatura, su pelo era rubio tomado en una cola y sus ojos claros de un verde pantanoso.

—¡Ay, Emma! Deja que se exprese —le dije mientras sostenía un vaso de té en mis manos.

—Mateo, tú también te pones latero.

—Esperé mucho este día —sujeté los tirantes de la mochila.

—¡Esperé mucho este día! —se burló de mi entusiasmo—. Menos mal que cambiaron la salida para ahora. No hubiese venido a la noche.

—¡Chicos, dejen de hablar! —la profe de gafas y pelo castaño tomado nos llamó la atención. Emma sonrió cínicamente y la profesora siguió hablando—. Tenemos alrededor de... —miró su reloj— dos horas para conocer este hermoso lugar.

—¡Es nuestro momento! — Emma me tomó de la mano.
—¿Momento de qué?
—De irnos de aquí. — Sus ojos querían ahorcarme porque no me motivé como ella esperaba—. No te voy a rogar.
—Mejor conozcamos el lugar. — Puse mi mano encima de la suya—. Si quieres vamos los dos a dar una vuelta. Y justo a Camilo se le ocurrió enfermarse.
—Yo le dije que se cuidara.
—Lo voy a llamar. — saqué mi celular y marqué su número—. ¿Aló? ¿Camilo? ¿Cómo estás?
—¡Hola! *Pensé que me habían olvidado. Estoy esperando el livestream del tour.*
—¿Qué te dice?
—Está esperando el *streaming* —le dije a Emma mientras apartaba el celular.
—Es tan *nerd*. Ponlo en altavoz.
—*Pero estaba leyendo unas noticias por la web que de verdad preocupan.*
—¿Qué cosa? Te tengo en altavoz, Camilo.
—*Los científicos han estado investigando de cerca al virus SARS-CoV-3 y por qué se mantiene atacando al país después de lo sucedido con la pandemia del COVID-19. Se supone que habían creado una vacuna que eliminaba al virus y a cepas similares. Después de pasarse años haciéndose esa pregunta, los científicos celebraron por haber encontrado la solución que cambiará la vida del país y del planeta. Sus estudios resultaron exitosos con las ratas.*
—Una buena noticia — creí.
—*No es todo. Dentro de la página había un pequeño anuncio que apenas se lograba percibir y decía: No abrir. Y como soy un poco intruso lo presioné y... —hizo una pausa botando el aire—. La cura ha sido un éxito en las pruebas con el ochenta por ciento, pero hay otro veinte que están olvidando. Toda respuesta científica tiene un efecto secundario: pueden ser vómitos, una fiebre con temperaturas que sobrepasan los cuarenta grados centígrados, alucinaciones, epilepsia, epidermólisis ampollosa involuntaria e incluso la muerte. Eso fue lo que sufrieron dieciséis ratas en los últimos meses de prueba.*
—¿Qué es eso de “epidermólisis ampollosa”? —preguntó Emma.
—*Ampollosa, Emma. Y es cuando te salen ampollas demasiado dolorosas en la piel, dependiendo de su grado.*
—Eso sí me preocupa —dijo ella, tocándose la cara.

—Si eso te preocupa, esto hará que te salga acné hasta por los ojos...

—Camilo, qué asco. —Puse los ojos en blanco entre risas por sus palabras.

—“Es curioso cuando quieren ocultar la información completa hasta con los mismos empleados, arriesgando la vida de todos sin ningún medio de seguridad que los resguarde. Sobre el mesón del laboratorio encontré unas jaulas de ratas aisladas bajo una doble prisión diminuta con ventanales a base de vidrio orgánico. Era la zona de amenaza. Estaban muertas cuando miraba los documentos. Al intentar tener una mejor vista de las ratas, estas de alguna forma sintieron mi presencia y se lanzaron contra el vidrio, rasguñándolo y tratando de sobrepasarlo. Me querían a mí. Pensé que estaban muertas y no. Lo que más me llamó la atención fueron sus ojos púrpuras azulados siguiendo mis movimientos. Una de ellas explotó contra el vidrio, me dejó choqueado. En el escritorio vi los archivos de cada rata y todas habían tenido un paro cardíaco. El evento inexplicable era por qué estos seres volvieron a la vida en cuestión de minutos, algunos de inmediato. Mencionan que comenzarán a investigar el 11 de abril, un día después de la primera prueba asignada para Chile. Que hasta el momento no se les ha informado sobre este posible error. Haré todo lo necesario para que se evite el lanzamiento. También investigaré las causas que provocan esta falla y haré lo posible para evitar que esta cura llegue a las manos equivocadas. No solo eso, también tengo miedo a que esto no haga efecto y cometan un error gravísimo. No puedo escribir más. Solo espero que tomen la decisión correcta.”

—Eso me dio escalofríos —le dije. Se me había erizado la piel.

—No creo que sea verdad —comentó Emma.

—¿Por qué no? —pregunté teniendo mis dudas.

—No hay que confiar en todo lo que salga en internet.

—No uso cualquier página web, tengo programas especiales que me ayudan a encontrar páginas invisibles. Además, ¿no se dan cuenta la fecha de hoy?

Miré la pantalla del celular.

—10 de abril.

—Y según la noticia la prueba es hoy.

—¿Dice algo más? ¿Un nombre? ¿Una marca? —Emma enrollaba el pelo en su mano.

—Solo está firmada por A.M.B.

—No me suena A.M.B. —Me rasqué la cabeza tratando de adivinar.

—No tengo idea, solo les digo que hay más. Estuve hackeando páginas del Gobierno y creo que han estado enviando mensajes en código a Estados Unidos.

—¿Cómo que en código? ¿Qué dice? —Emma me quitó el celular.

—Lo encontré algo estúpido, pero igual alarmante: “Andrea pide limones para la ensalada”.

—Okey. No tiene sentido. Así son estos códigos. —Tomé mi aparato de vuelta.

—No sé qué significará, pero seguiré buscando. —Camilo tosió copiosamente—. Espero no haberme contagiado.

—Así como estás, no te veremos dentro de una semana. Te recuerdo que me tienes que ayudar en Cálculo. —Emma tenía dificultades para pasar ciertos ramos y siempre estuvimos los dos apoyándola y sacándola de cualquier problema en que se metía.

—Ya sabes cuánto cobro por mi sagrado y valioso tiempo.

—¡No te pagaré diez lucas! Y no me hables de valioso, porque te la pasas jugando online con puros desconocidos.

—Somos un grupo muy popular en mi mundo, deberías unirte, nos pagan por jugar.

—¿Y así quieres que te pague?! —Emma acercó el celular a su boca.

—Necesito comprarme unos remedios que me recetaron —tosió falsamente.

—Podríamos ir a dejártelos ahora y si quieres me enseñas cuando te sientas mejor.

—No es buena idea que vengan. Estoy súper enfermo y los podría contagiar. Mejor nos vemos la próxima semana.

—¿Seguro? —insistí.

—Sí. Pónganse las manos en el corazón y hagan una oración en mi nombre.

—Imbécil. —Emma soltó mi mano, mirando a los compañeros de la clase.

—Creo que acabo de descubrir el nombre de la prueba.

—¿Cómo se llama, poh? —La paciencia de Emma se había terminado.

—Prueba ASEDH0000.

Guardamos silencio. No sabíamos qué decir o cómo reaccionar ante algo que no tenía sentido. No entendía el tipo de información y menos de qué se podría tratar.

—Camilo, yo no sé...

—¡Mierda! —me interrumpió con los *clicks* del *mouse*—. *Acaba de llegar un mensaje de Estados Unidos —más clicks—. Dame un segundo —tosió y murmuró una lectura—. Acá dice: Low Earth Mine. No entiendo a lo que se refieren.*

—¡Ustedes dos! —La profe Evi pasó de sorpresa por nuestro lado, aprovechando nuestra distracción—. Está bien que mantengamos una relación amistosa entre alumno y profesor, pero a veces hay que poner topes en esta confianza para evitar malentendidos.

—¡Es que, profe, es importante! —Emma tuvo la intención de contarle la verdad.

—Y poner más atención también es importante.

—Bueno, profe —Emma miró resignada sus pies.

—Pásenme sus celulares. —Estiró su mano, esperando.

—¡Qué! ¿Por qué? —A Emma le empujaba tener que entregar su celular.

—Para evitar llamarles la atención otra vez. —Movía sus dedos, metiéndonos presión.

Ambos entregamos desganadamente nuestros teléfonos y la profesora se fue con una sonrisa encantadora a continuar con la clase especial de Astronomía. Nos miramos resignados y con muchas dudas dando vueltas por la cabeza. Camilo había encontrado una información importante.

—¿Qué piensas sobre lo que dijo Camilo? —le pregunté a Emma.

—Puede que igual sea falso. —Ella se quedó de brazos cruzados, esperando a que la profe se alejara—. Tú sabes cómo es Camilo con sus temas oscuros. A todo esto, ¿no te diste cuenta qué celular le pasé?

La miré confundido.

—Que eres menso. Le pasé mi celular viejo. El nuevo lo tengo acá.

Sacó el *último dispositivo lanzado por Apple* de color dorado, que a veces utilizaba como espejo.

—Eres la perra madre —le hice una reverencia.

—Lo sé, cariño. Soy la perra inmortal. —Chasqueó los dedos.

Debimos aguantar las risas. Resultó imposible, porque mientras más intentábamos, más ganas de explotar nos daban.

—¡Síguame! ¡El *tour* comienza por aquí! —La profe Evi levantó sus manos y volteó, llevando a la manada de estudiantes.

Emma me tomó del brazo y me llevó hasta el observatorio. Entramos con mucha confianza. Todo estaba en metal coloreado en púrpura y celeste, con puntos blancos de distinto tamaño, generando la sensación de estar volando por el espacio y traspasando nebulosas extraordinarias.

—¿No es hermoso? —Yo no quitaba la vista de la pared.

—Bellísimo. —Emma apoyó su cabeza en mi hombro.

—¡Hola! ¿Cómo están? ¿Vienen de la universidad? —Un chico con delantal blanco, de pelo oscuro y lentes cuadrados se asomó por detrás de una pared. Guardó un aparato negro y pequeño con cuatro botones en su bolsillo.

—¡Hola! —respondimos al mismo tiempo.

—Sí. Queríamos recorrer el lugar por nuestra cuenta —agregué.

—La rebeldía es el primer síntoma de la inteligencia. Tomar tus propias decisiones te hace crecer más rápido. ¿Quieren mirar la luna por el telescopio?

Nos miramos con una sonrisa de oreja a oreja. Era de día, pero la luna estaba sobre el cielo. El chico tuvo la amabilidad de explicarnos cómo funcionaba el telescopio. Dijo que le gustaba saber que a la gente aún le seguía interesando la Astronomía. Hace un par de años, hicieron una encuesta y la Astronomía bajó casi un treinta y cinco por ciento de interés. Me resultaba increíble que la gente no tuviese ganas de conocer el planeta que habita.

—Es hermosa. —Sonrió él, deslumbrado por la belleza circular blanca. Se hizo a un lado, dándome el puesto.

Me acerqué y la contemplé pensando que caminaba sobre ella. Saltando unos metros en el aire y bajando en cámara lenta. Se sentía maravilloso en mi cabeza. Deslumbrante momento que guardé en mi caja más profunda.

Por cuatro segundos la luna desapareció. No estaba. Se había convertido todo en blanco. Pensé que el lente se había manchado.

—Mateo, ¿qué pasa?

—Algo se cruzó entre la luna y el telescopio.

—Es imposible. No podrías ver ni a un pájaro.

—No creo. —Me acerqué a una ventanilla que estaba en frente y miré al cielo. Desde el norte se estaban formando unas nubes lineales que cruzaban toda la ciudad. Emma se acercó y quedó helada al ver lo que ocurría en nuestros cielos.

—¿Y esas nubes? —El astrónomo las estaba viendo por una pantalla de otro telescopio más pequeño. Corrimos a ver qué eran. El lente solo seguía las nubes que se extendían. Era un polvillo diminuto que descendía rápidamente. El aparato logró apuntar y seguir lo que estaba provocando ese evento. Eran unas esferas plateadas.

—¡Llama a Camilo! —Zamarreé a Emma del hombro.

—¿Será eso?

—¡Llama! —Me entregué a la histeria.

Sacó el celular y colocó su huella en la pantalla. Se fue a registros y marcó. Camilo contestó al tercer tono.

—¿Aló?

—¡Mira por la ventana! —Emma presionó el altavoz.

—¿Qué?

—¡Levántate y ve lo que está pasando!

Se escucharon sus quejas levantándose de la cama. Deslizó su ventana y se quedó en silencio.

—¿Emma, que está pasando? ¿Aló?

—Esperábamos que tú lo supieras.

—*Calma, ya estoy buscando.* —Las teclas no dejaban de sonar

—¡*Es la prueba! Estas esferas tipo drones son de uso exclusivo del Ejército de Chile, son las últimas máquinas que han creado.*

—Tenemos que avisarles a los demás. —Pensé que era una buena idea.

—Mateo, esto ya comenzó y no hay vuelta atrás.

—Chicos, ¿qué está pasando? —el tipo del lugar estaba completamente perdido. No entendía nada.

—Es difícil de explicar —bajé el tono de mi voz.

—Mejor voy al baño. No me siento bien. —El astrónomo entró al baño, masajeándose el estómago por una puerta interior que estaba a unos pasos.

—Busco por internet y no sale nada. Nadie habla de lo que está pasando. —Emma deslizaba su dedo por la pantalla del teléfono.

—*Dile que no encontrará nada. Esta información la encontré utilizando programas.*

—¡Esto es una locura! ¿Qué hacemos ahora? —Yo sentía mucha picazón en mi cabeza. Los nervios me estaban haciendo colapsar.

—*Espera.* —Era un momento tenso para todos—. *Hay ruidos abajo. Ya vengo.*

—¡No cuelgues! —le grité a la pantalla.

—*No lo haré.* —Los gritos de la madre se escucharon a lo lejos—. ¡Chiques! ¡Estoy en problemas!

—¿Qué sucede? ¡Camilo, habla!

—*¡Están subiendo a mi pieza!*

—¿Quiénes, Camilo? ¡Responde, por la mierda!

—*Son ellos...* —Se escuchó un portazo fuerte en su pieza. Camilo gritaba en resistencia a lo que le estaban haciendo.

Con Emma nos quedamos petrificados, sintiendo un enfriamiento en la sangre. El silencio del otro lado empeoró nuestro estado de pánico. Todo cambió en segundos.

La voz agria y seca de un hombre se dirigió a nosotros a través del teléfono:

—*Su amigo se buscó esto.*

La llamada terminó sin dejarnos tiempo para reaccionar.

Nos quedamos mirando sin decir ni una miserable palabra. Habían secuestrado a nuestro amigo y solo atinamos a quedarnos mudos.

—¿Y ahora qué hacemos? —Emma con suerte pestañeaba.

—Vamos a su casa.

—¿Ahora?

—¿Quieres ir mañana? ¡Tenemos salir ahora de aquí! —Sujeté sus hombros.

Un fuerte golpe se sintió dentro del baño. Nos acercamos con cuidado, apoyando las orejas sobre la puerta. El golpe se repitió más fuerte. Nos asustó y nos echamos para atrás.

—¿Crees qué...? —dijo Emma.

—¡No! —la interrumpí de inmediato.

—Yo creo que sí.

—Prefiero no creer en nada. —Tomé la manilla y me quedé pensando antes de tomar esa decisión.

Camilo fue bastante claro con lo que encontró. Estas personas podían obtener lo que quisieran, pero la pregunta era otra. Aún no teníamos claro ese asunto de las iniciales *A.M.B.*

Iba a girar la manilla, cuando otra puerta se abrió de golpe, dándonos un susto.

—¡Ahí están! ¡Me tenían preocupada! —La profe Evi entró, calmando su ímpetu por nuestra ausencia.

—Lo siento, profe. Queríamos venir al telescopio con mi amiga.

—Si quieren convertir esta salida en una especie de cita, me lo dicen y ya. No tienen por qué estar escapándose de la clase.

—Lo siento, profe, es que tenemos algo que contarle. —Yo estaba listo para decirle la verdad.

—Aunque, si lo pensamos bien, este sería el mejor lugar para conectarse con uno mismo. —La profe se había hipnotizado con el cielo estrellado.

—¡Profe! —insistí.

Me ignoró, yéndose a la computadora. Tecleó y el telescopio gigante se movió.

—Quiero ver la luna de cerca. Veo que no hay nadie aquí. —Miró para todos lados y luego se sonrojó, como si estuviera cometiendo un delito.

Solo gasté voz en intentar que me escuchara, pero ella colocó su ojo en el lente y se quedó atrapada en el satélite. Emma me tomó del brazo y me hizo un gesto para que saliéramos. Tragué saliva y asentí. Nos dirigimos sigilosos hacia la puerta, directo al primer punto de escape. La profe se quedó hablando sola, inspirada escuchando sus sentimientos y absorbiendo todo lo que tenía a su alrededor. Al salir, la puerta comenzó a cerrarse con lentitud. Entre mirar el camino por delante y la vista hacia atrás evitando que se percatara de nuestra huida, vi un espectro blanco con manchas rojas detrás de ella. La puerta quedó quieta y el grito desesperado de nuestra profesora se perdió. Intentamos llegar al estacionamiento, escondiéndonos detrás de un tronco gigante. Personas vestidas con trajes formales y otros con delantales corrían hacia sus autos. Teníamos que actuar rápido.

—Hay que robarse un auto —me propuso Emma mirando de reojo.

—¿Estás loca? Pidámosle a alguien que nos lleve.

—No hay tiempo para eso, Mateo. Hay que llegar rápido a la casa de Camilo.

Tenía razón.

—Okey, ¿cuál tomamos?

—Hay demasiada gente corriendo. Tenemos que camuflarnos y entrar en acción. —Emma presionaba sus puños con ganas de darlo todo.

—Nos van a atrapar.

—Lo harán si sigues pensando así. Ven. —Me tiró del brazo y corrimos entre los autos—. Te va a gustar. —No me quiso soltar la mano, porque sabía que en cualquier momento podía abortar la misión.

Nos agachamos detrás de una camioneta negra. Emma se asomaba mirando hacia otro vehículo en frente. Quería robarse una camioneta de color gris enchulada con asientos deportivos que le daban un carácter agresivo e indomable.

Nadie pasaba por nuestro camino. Era el momento perfecto para rodear la camioneta y quedar junto al que acechaba.

—Lo siento. Solo espero que el dueño no venga a buscarlo.
—Con torpeza deslizó su mano sobre la puerta, sintiendo pena por lo que iba hacer. Coloqué los ojos en blanco y no quise decirle nada. Así era ella. Sacó un paño de su bolso y luego de descartar algunas piedras que teníamos cerca, eligió una redondeada. Tomó aire y golpeó el vidrio, fallando en el primer golpe. La alarma empezó a sonar. Con el segundo golpe logró romperlo, abrió la puerta y sacó la tapa bajo el volante. Tomó un cuchillo del pantalón y cortó unos cables. El auto dejó de llorar. Emma se relajó por un segundo en el asiento. Quiso disfrutar su momento.

—¡Ábreme la puerta! —Golpeé el vidrio del copiloto.

—Ya, ya... —Y me dejó entrar.

—Tengo que mover los espejos. —Se tomó su tiempo en acomodarlos.

Me eché en el asiento, mirando los árboles moverse con el viento a unos metros de nosotros. Momento adecuado para relajar los nervios.

Entre los árboles se asomaron dos siluetas. Me rasqué los ojos, pensando que alucinaba.

—Emma... —Le toqué la rodilla.

Ella terminaba de mover los espejos laterales. Pude sentir cómo su temperatura cambió de caliente a fría. Nuestra profesora derramaba sangre por sus piernas. Le faltaba el brazo derecho, el asistente del telescopio lo traía con él unos pasos más atrás, dibujando un camino de sangre. Caminaban hasta los estacionamientos, lanzando mordidas al aire y babeando.

—Enciende el auto —le dije sin quitarles la vista de encima—. ¡Emma, el auto! —Ella espabiló con mi grito y juntó los cables, intentando hacer contacto. El motor empezó a chirriar.

—¡Vamos, vamos, vamos! —Cerraba sus ojos, rogando que el auto encendiera.

La maestra y el sujeto avanzaban sin rumbo. Solo escuchaban nuestros gritos y el ruido del auto. Sus miradas no eran las mismas que conocimos. Estaban más desorientadas. No había alma en su interior. Solo oscuridad y vacío infinito.

—¡Esta mierda no enciende! —dijo Emma.

—¡Pero le falta un brazo! ¿No ves? —respondí.

—¡No digas eso! —Al mirarlos se quedó sin aliento. Revisé la guantera y encontré un destornillador.

—Muévete. —No se quería cambiar de puesto. Ella quería manejarlo.

Le insistí en ocupar su lugar. Cambiamos de puesto, sequé mis manos en mi polera, uní los cables que rompió y coloqué el destornillador donde va la llave. El auto volvió a sonar un par de veces.

—¡Se están acercando! ¿Por qué caminan así? —Emma se echó el pelo hacia atrás.

—¡Porque están muertos!

El auto decidió encender y darnos la oportunidad de escapar. Moví los cambios y aceleré a fondo. Avanzamos rápido los primeros metros, el motor era nuevo y las llantas parecían sacadas de una nube por lo suave que se sentía. Una vieja reliquia noventera modernizada.

Pasamos por la orilla del estacionamiento y frené, derrapando hasta golpear de costado a la maestra y al chico del observatorio. Sus cuerpos salieron volando unos metros más adelante.

Quisimos esperar un momento y ver los cuerpos tirados en el cemento. Se volvieron a levantar.

La entrada al observatorio consistía en una calle extensa con una curva rodeando el cerro. La verdad, no quería perder el tiempo en darme esa vuelta. Hice otros cambios y volví a presionar a fondo. Ignoré la curva a la izquierda y decidí saltar por el cerro, cruzando unos árboles para caer de golpe a la tierra. Los vidrios de las ventanas explotaron. La joyita sonó como si se fuese a desarmar por completo. Nos quedamos unos segundos aguantando el dolor.

—¿Estás bien? —le dije y acomodé el cuerpo adolorido.

—Me hubieras avisado. —Emma movía su cuello en círculos.

—Lo siento.

Sé que Emma me odiaba porque le quité el puesto del piloto y se perdió la mejor experiencia de su vida.

—¿Has visto qué han dicho en las redes? —Yo intentaba que se mantuviera ocupada.

Sacó su celular y se fijó que la señal estaba baja. Actualizó el inicio.

—No hay conexión a internet. —Se quedó inmóvil.

—Ve otra aplicación. —Frené de golpe en la entrada del cerro. Unos lentes cuadrados salieron volando contra el interior del parabrisas. Miré para ambos lados. La calle estaba vacía. Doblé a la izquierda y seguí la calle camino al observatorio, rodeando el cerro.

—Ninguna funciona. —Emma dejó el teléfono sobre la guantera. Revisé mis bolsillos y recordé que le había pasado mi celular a la maestra.

Me detuve en la esquina de Charles Hamilton, con dos calles a mis costados.

—¿Qué planeas? —Me entregó su teléfono listo para marcar.

—Necesito hacer una llamada. —Tecleé unos números y esperé al tono.

—Dobla a la derecha. —Emma sabía cómo llegar a la casa de Camilo.

—No contesta.

—¿A quién llamas?

—A mi mamá, que se fue a la playa y no sé de ella desde ayer —le dije.

Contestó al tercer intento.

—¿Emma?

—¡Mamá! ¡Soy Mateo! ¿Cómo estás? —Se escuchaba el mar del otro lado.

—*Mateo, estoy bien, hijo. ¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa voz?*

—¿Ves unas nubes lineales en el cielo?

—*Sí, las veo.*

—Es difícil de explicar, pero vete rápido a un lugar seguro y no salgas hasta que lleguemos por ti.

—*¿Por qué dices eso? Mateo, me est...s asust...do.*

—¿Aló? ¿Mamá, me escuchas?

—*No se... escuch... Mateo. ¿Est...s?*

—¿Dónde estás ahora? —Se me apretó el pecho.

—*Las cru...*

—¿Dónde? ¡Mamá!

—*Cruces... Las Cruces. Vine a recordar viejos tiempos. Hay una luz en el mar...* —Me dejó frío.

—¿Mamá? ¿Qué ves?

—*Bril...a fue...te.*

—¡Mamá!

La llamada llegó a su fin. Dejé caer mi cuerpo sobre la silla, con mis brazos apoyados en el volante. Emma se acercó y me

acarició el hombro mientras me quitaba su celular, pensando que lo podía botar.

El bocinazo de un auto nos despegó. Un sujeto de gorra roja con un auto viejo nos gritaba garabatos desde atrás. Retrocedió y se colocó por mi lado.

Aceleró mostrando el dedo del medio. A la mitad de la calle, otro auto vino por su izquierda y lo chocó, arrastrándolo varios metros. Emma me apretó la pierna. Las personas que caminaban por la vereda gritaron al presenciar el accidente.

—¡Hay que ir a ayudar! —Emma abrió la puerta.

—¡No hay tiempo! —Sujeté su brazo. Volteó con sus ojos llorosos, bajó la mirada y cerró la puerta. Sus manos no dejaban de temblar.

Doblamos por nuestra izquierda, avanzando cuatro calles antes de llegar a Avenida Las Condes. La gente corría como loca, sacando sus celulares.

—¡Cuidado! —Emma me gritó en el oído. Frené en un cruce peatonal.

Estábamos donde se unen las calles y carreteras de Avenida Las Condes. Lo que nos detuvo fue el alboroto que había ocasionado un accidente de tránsito.

—¿Qué haremos ahora? —Emma temblaba del susto.

—Hay que cruzar a pie. —Me quité el cinturón y me bajé del auto.

—Podemos pasar por el lado. —Emma salió atrás de mí.

—¿Y quedar atrapados? No, gracias. Caminando llegamos más rápido.

—Camilo vive pasando el hospital abandonado. —Apuntó hacia el norte.

Había curiosos grabando el accidente, intentaban subir las imágenes a las redes. Sentí rabia al verlos actuar de esa manera. Tampoco me debería sorprender.

—¡No pasen por ahí! —Un guardia corrió detrás de nosotros.

Nos metimos entre los autos y lo dejamos atrás.

La gente todavía estaba atrapada. Nadie se movía. Ya era demasiado tarde para ayudarlos.

Pasamos sobre el capó de un auto, y desde el parabrisas una mano sostuvo la pierna de Emma, botándola de rodillas. Tenía el rostro quemado por el fuego. Imposible que estuviera vivo para soportarlo. Los mordiscos se fueron directo a su pierna. Mi amiga le pateó la cara un par de veces y el muerto la soltó.

- ¡Vamos! —No le quise dar tiempo para pensar.
—¿Por qué se comportan así?
—No lo sé, pero no están vivos.
—¡Pero si me agarró la pierna e intentó morderme!
—Entonces ya sabemos la respuesta.

Nos faltaban unos metros para llegar al otro lado de la calle. Sentimos una vibración en el suelo. Los autos de atrás empezaron a explotar, lanzando pedazos de fierros y vidrios para todos lados.

Saltamos sobre los últimos autos que nos faltaban. La gente gritaba desesperada.

Tocamos el asfalto y corrimos unos metros. La explosión nos lanzó de cara al suelo. La gente lloraba en descontrol. Un sonido agudo se apoderó de mí, luego una sordera temporal.

—¡Mateo, levántate! ¡Mateo! —Emma intentaba levantarme. La escuchaba lejana—. ¡Vamos, hombre! —Me jaló y me llevó corriendo a su lado.

A lo lejos se escuchaba venir la policía. Nosotros seguimos corriendo, bordeando el hospital abandonado.

El semáforo no funcionaba, los celulares estaban fallando, todo se estaba apagando poco a poco. Solo era cosa de esperar.

Doblamos a la izquierda en el semáforo y la gente con sus celulares nos tomaba fotos. No entendía para qué, si ya nada funcionaba. El morbo los llevaba a guardar esas fotos para después volverlas a ver. Emma deseaba gritarles un par de porquéas en sus caras. Le pedí que no lo hiciera, porque no era necesario gastarse con esa clase de personas. No valían la pena.

—¿Acaso eso es normal? —Ella les ofrecía el dedo del medio.

—Son unos idiotas —agregué.

Emma se detuvo frente a una casa de dos pisos de color café claro. La reja negra estaba abierta.

—Aquí es.

Entramos con cuidado, mirando el antejardín lleno de rosas rojas, rosadas y moradas. Tres girasoles cerca de la pared absorbían la energía del sol y unos arbustos tapaban la entrada. Desde el fondo, un perro ladraba encadenado dentro de su casucha de madera. Emma me apretó el brazo. La puerta de la casa estaba entreabierta. Trataba de abrirse con la ayuda del viento.

Camilo nunca nos invitó a su casa. Siempre fue raro en ese sentido. Emma lo siguió un viernes después de clases. Se co-

locó una gorra de señora y se cambió la chaqueta de cuero por una de gamuza verde musgo. Recorrieron las líneas del metro y tomaron la micro. Ella agradeció que estaba repleta. Lo sorprendió cuando le tocó la puerta. Él se molestó un rato. La invitó a tomar té y pasaron una excelente tarde. Me hicieron una videollamada.

—Estoy segura.

La puerta rechinó al abrirla con suavidad. Se me aceleró el corazón. Quedamos frente a una pared blanca con otra puerta de madera a nuestra derecha. En la pared colgaba una foto de Camilo y su madre. Al otro lado se veían las sillas del comedor con una lámpara de cristal parecida a un pulpo en su centro.

—¡Camilo! —Emma lo llamó angustiada.

—¡Shh! —le señalé con el dedo. El perro no dejaba de darle a la casa—. ¿En dónde está su pieza?

Apuntó al segundo piso.

Avanzó por el pasillo y dobló en la esquina. Al lado del comedor estaba el salón con los sillones corridos de su lugar y los cojines tirados en el suelo. Subimos la escalera hasta el segundo piso y nos enfrentamos a un pasillo adornado con cuadros, floreros y cuatro puertas cerradas.

—Esta es. —Se quedó frente a la segunda puerta a la derecha.

Tomó la manilla y la abrió, sabiendo que se podría enfrentar a algo más grande del otro lado. Y lo enfrentamos.

La soledad de una pieza desordenada. Tenía su cama sin hacer. Emma se sentó en ella y yo me apoyé sobre el escritorio cubierto de lápices y papeles con escritos.

—¿Crees que lo hayan matado? —Emma echó su cuerpo hacia atrás.

—Si lo hicieron, estaría su cuerpo tirado. Se lo llevaron.

—¿Qué haremos ahora?

—Pensar, buscar, no sé. —Yo estaba a punto de enloquecer. Abrí los cajones del escritorio.

—¿Qué buscas?

—No sé. Debí haber dejado algo, ¿su computadora? —Miré debajo de la cama. Vi algo en el fondo que me pareció familiar. Era la computadora de Camilo, rota a la mitad y colgando de los cables.

—¡La encontraste! —Emma se sentó y me la pidió, dudando de algo.

—¿Qué pasa?

—Tengo recuerdos de que la computadora de Camilo era de color gris, y no negra como esta. —La volteaba convencida.

—¿Segura?

—Cuando vine esa vez, ¿te acuerdas? —dijo y yo asentí—. Me mostró cómo hacer uno de sus trucos de cibernautas, sacó su computadora dentro de una caja en el armario. —Apuntó hacia unas puertas que estaban a un costado.

Fui hacia ellas y las abrí. Había una caja parecida a la que Emma había descrito.

—¿Por qué es tan importante? —pregunté. Ella cruzó sus pies sobre la cama y se apoyó en las rodillas. Tomé la caja y la dejé sobre el escritorio.

—Aquí debería estar toda la información que Camilo nos estaba narrando.

—¿Tú crees que siga ahí?

—Camilo no era de esos chicos que borran su historial cada dos días. Él lo guardaba todo o lo escondía para que sus secretos no fueran descubiertos. —Abrí la computadora y la encendí. La pantalla se puso azul, cargando sus datos. Apareció la letra C dentro de un cuadrado, pidiendo la clave de acceso.

Intenté escribir su nombre, pero no era la clave. Fallé al segundo intento con su comida favorita. Faltaba un intento más o el computador se bloquearía. Debíamos pensar con mucho cuidado.

—¡Mierda! No sé cuál es la clave. —Me eché en el asiento, borrando lo que había escrito.

—Debe ser algo que le guste mucho o que oculte demasiado.

Recuerda que le gustaba ver las cosas de otra manera.

Lo que dijo Emma me hizo recordar un día martes, cuando estábamos en la cafetería de la universidad y Camilo llegó a contarnos que se pasó toda la noche pensando en crear un idioma nuevo. Nos mostró algunas ideas, pero ninguna era convincente para él. Le gustó cómo sonaba su nombre escrito al revés. Ahí fue cuando la idea se me vino a la mente.

—O-L-I-M-A-C —repetí, tecleando lleno de adrenalina y el computador se fue a negro por unos segundos.

Hasta ahí llegó el intento. Se abrió la pantalla de inicio con unas carpetas amarillas y documentos sin terminar. Su fondo parpadeaba con pequeños destellos de luces simulando el nacimiento de una supernova.

Revisamos todas las carpetas con sus archivos y ninguno nos daba esperanzas, nada de lo que tenía servía para completar la información que nos entregó. Nos sentíamos incompletos.

Emma señaló el navegador que tenía una barra azul a la mitad, dando a entender que estaba abierto. Era la página de su *e-mail* iniciado y enviando un archivo que falló pasando a la mitad de la carga. Los destinatarios éramos nosotros. Cruzamos miradas y decidimos abrir lo que nos quería enviar, no sin antes lanzar mil puteadas al aire por el pésimo servicio de VTR, que nos privó de recibir el mensaje de advertencia de nuestro amigo.

Era Camilo. Se había grabado. Estaba sentado en su escritorio con la computadora a un costado y papeles llenos de escritos. Se mantuvo en silencio los primeros segundos. Parecía angustiado, porque no dejaba de manosearse la cara.

—No sé qué palabras usar para explicarles lo que acabo de descubrir indagando por la página de Surlight, tratando de quitarme de encima una cuenta que no pagamos. Tampoco sé si sea correcto que haga este video, porque podría ser la última vez que me vean. Confío en que este video caerá en buenas manos y lo verán las personas que son realmente importantes para mí. Chiques, sé que serán ustedes —sentí escalofríos—, y espero que entiendan lo que les diré, porque será solo un adelanto de lo que pasará. Sabrán que Chile ha empeorado en sus fiebres y que está todo medio descontrolado. Bueno, lo que lanzarán el día de mañana no será una cura para todes. Será el fin de nuestra existencia. Necesitan la pureza de la raza humana y suministros naturales. Lo que Estados Unidos pide, no es algo que se consigue de la noche a la mañana. Tendrán una larga espera hasta obtener las aguas cristalinas del sur de Chile. Las aguas más puras de todo el mundo y Surlight es el que tiene la última palabra por adueñarse de ellas. Tentador trato que se firmó hace más de un año en las oficinas de Washington D. C. —se quedó callado y se inclinó frente a la cámara—. Ahora que saben quiénes son los responsables, se preguntarán cómo harán desaparecer a toda la población. Bueno, el experimento rata del que ya se supone que deben haber oído de mí, es totalmente una mierda. Una mentira. Y se los tuve que decir porque pensé que sería la mejor forma de que entendieran las cosas que están por pasar —tomó unos papeles—. Uno, no hay ninguna cura. Dos, estamos todes contagiados. Vienen lanzando pruebas hace mucho tiempo y lo que sucederá mañana inyectará la última dosis. Tres, todos los aparatos electrónicos fallarán. Cortarán el suministro

de energía eléctrica después del lanzamiento. Y cuatro. No quería llegar al cuatro. Aquí quiero que me tomen realmente en serio, porque no fue fácil entenderlo a la primera. Las primeras personas en caer serán las que padezcan cualquier enfermedad de base. Después seguimos nosotros. Y lo que nos llevará a la muerte no depende de lo que nos echen encima. Necesitaremos controlar todas nuestras emociones y amarrarlas por un largo tiempo, porque nada de lo que ande caminando por las calles estará vivo después. Llámenlos como quieran o burlense si lo desean, pero lo que está por pasar destruirá todo lo que alguna vez intentamos soñar. Las personas no morirán realmente. Sus almas son las que huirán. Sus cuerpos se volverán a levantar y deambularán por el resto de la eternidad. Sí, estaremos frente a los Z por primera vez. Así que deben prepararse. Necesitaremos controlar nuestra ira, porque no necesitamos solo una mordida para convertirnos en ellos. Siento que es demasiada información. Se me olvidaba una cosa y es lo más importante. Este comienzo tiene una hora agendada. Será una hora antes del atardecer del diez de abril. A las dieciocho horas. No sé lo que pasará en ese momento. Solo estén preparados, porque ningún lugar es cien por ciento seguro. En el escritorio de la computadora les dejé un enlace con una cuenta regresiva. Yo voy en quince horas y cuarenta y ocho minutos retrocediendo. ¿En cuánto van ustedes? —tapó la cámara con un papel y el video terminó. Nos quedamos fríos.

Emma corrió mi mano y teleó un documento con el enlace que Camilo había indicado. Se abrió otra ventana del navegador con una cuenta regresiva de dos minutos. Eran las cinco con cincuenta y ocho.

—¡Mierda! ¿Qué hacemos ahora? —Emma empezó a dar vueltas desesperada por la habitación.

—No podemos hacer nada. Hay que dejar que pasen las cosas.

—No quiero morir, Mateo. No estoy preparada.

—Estaremos bien. Iremos juntos a buscar a mi mamá y encontraremos un lugar seguro para los tres.

—¿Cómo sabes que pasará todo eso? —Volteó a ver la computadora.

—No lo sé, pero espero que pase.

Quedaba solo un minuto para que la cuenta regresiva llegara a cero. Fue igual que esperar un Año Nuevo en el centro de la ciudad, rodeando la torre Entel. Esperábamos un espectáculo más grande que ese. Era impredecible lo que estaba por suceder. Quince segundos y mi corazón estaba por detenerse. Mientras más se acercaba al cero, más eterno se sentía. Diez.

Al día le quedaba una hora de luz. Nueve. Increíble, pero ningún pájaro estaba cantando entre los árboles. Ocho. Emma me tomó de la mano asustada, intentando mantener la calma. Siete. El perro ladraba con más desesperación. Seis. Sentí que entraríamos a un mundo inalcanzable. Cinco. Ya no se podía hacer nada. Cuatro. Cerré mis ojos. Tres. Emma se apegó a mi cuerpo. Dos. Guardé la respiración. Uno. Todo en mí se fue a negro.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Pasó lo que siempre ha pasado y siempre seguirá pasando por el resto de todas nuestras vidas. La madre tierra quiso acomodar todo el territorio nacional. El país entero se empezó a mover. Era difícil sujetarse de las paredes. Los árboles rebotaban como resortes. Los libros caían sobre nosotros. Desde el primer piso se sentían platos caer y muebles saliéndose de su lugar. Llevaba más de un minuto y la tierra no pensaba detenerse.

—¡Mateo! —Emma me sujetó por la cintura.

Nos acercamos a la puerta del cuarto.

—¡Ya va a pasar! ¡Tranquila! —La puerta nos azotaba la espalda. Ella cerró sus ojos y se apegó aún más. Se sentía una vibración rodeando el lugar. El mundo se venía abajo.

Pasaron cinco minutos. Cinco minutos eternos. La tierra empezó a detenerse y nosotros seguíamos en movimiento por inercia. Solo había que tener paciencia, mantener la calma y esperar a que pasara. No se puede pelear contra un evento tan natural como los terremotos.

Desde la calle escuchamos las alarmas de los autos y las casas. Las personas corrían gritando por las calles. Era un caos.

—Mateo, hay que salir. —Emma me tomó de la mano y me llevó hasta la escalera.

—No podemos todavía. Escucha cómo gritan esas personas. —Me detuve y quité su mano.

—Lo haremos bien. Vamos.

—No, Emma. No es seguro. —Me devolví a la habitación de Camilo y me senté sobre su cama.

—Camilo dijo que ningún lugar es seguro.

—Al menos este sí. Está vacío, soportó el terremoto y nos podemos quedar unas noches.

—Estás loco.